

MARIO LIVERANI

EL ANTIGUO ORIENTE

Historia, sociedad y economía

Traducción castellana de
JUAN VIVANCO

Revisión de
JOAQUÍN M.^a CÓRDOBA
Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA
LIBER

EPÍLOGO

1. LA NUEVA DIMENSIÓN GEOPOLÍTICA

En el transcurso de tres milenios (3500-500) que van de la «revolución urbana» al imperio universal aqueménida, hemos asistido al crecimiento progresivo de los organismos políticos y los hechos políticos. De la dimensión de aldea o grupo trashumante hemos pasado a la dimensión comarcal (o de la ciudad-estado), con un centro urbano que domina su país interior agropastoral. Luego hemos pasado a la dimensión del estado regional que unifica varias comarcas y varios centros urbanos, y a veces adquiere rasgos de estado nacional, basado en una coincidencia de la identidad política con la étnica. Por último, hemos pasado a la dimensión del imperio de tendencia «universal».

El crecimiento de la dimensión política no es unívoco ni homogéneo. Algunas zonas alcanzan una unificación precoz, mientras que en otras persiste durante mucho tiempo una estructura de pequeñas células; en algunos periodos se producen «huidas hacia adelante» de formaciones seudoimperialistas, mientras que en otros hay una «regresión» (si se puede llamar así) a la fragmentación más exagerada. Pero no cabe duda de que la dimensión media de las formaciones políticas, a grandes rasgos, va aumentando progresivamente, mientras que el número de estados autónomos en el interior de Oriente Próximo va disminuyendo. En el momento en que una sola formación política, no sólo unifica todo Oriente Próximo, sino que incluso supera sus límites, este libro llega, evidentemente, a su fin, ya que la dimensión elegida en un principio se queda estrecha. Para adentrarse en la historia del imperio persa, y después en la del mundo helenístico, habría que haber seguido no sólo las premisas de Oriente Próximo, sino también las del Egeo y el Mediterráneo, así como las egipcias, iraníes, centroasiáticas e indias. El escenario se ha ensanchado de tal forma que requiere una aproximación y un enfoque distintos.

El crecimiento progresivo de la dimensión geopolítica tiene distintas causas. Un primer factor, que en última instancia se debe al progreso tecnológico, es el aumento del radio de acción humana a todos los niveles: a nivel de conocimientos, de comunicación, de desplazamientos físicos de las personas y las mercancías, de movilidad de convoyes y ejércitos. Si un organismo político es la organización de una serie de flujos (de personas, mensajes y mercancías), el condicionamiento tecnológico contribuye a determinar su dimensión óptima. Parece que este factor fue bastante modesto. Entre la época acadia y la neasiria apenas cambiaron los conocimientos geográficos, las técnicas de comunicación o los medios de transporte. Son sobre todo el momento inicial (revolución urbana) y final (imperios persa y helenístico) los que

representan dos «saltos» claramente apreciables, y delimitan una fase prolongada más estática y compacta.

Hay un segundo factor más decisivo que el primero: las propias competencias de un organismo político que es consecuencia directa del grado de complejidad socioeconómica. Mientras todo el poder de decisión se limita a los criterios de reparto de la comida producida o cosechada por un grupo familiar extenso, o al cometido de cada miembro en caso de emergencia defensiva, las dimensiones de la aldea o el grupo trashumante son adecuadas y suficientes. Pero cuando la dirección política tiene que establecer y regular en la práctica la parte que corresponde a cada cual en un sistema basado en la división social y espacial del trabajo, la célula mínima es la comarca, formada por un lugar central (la ciudad), residencia de la clase dirigente y los especialistas, y una serie de lugares periféricos (las aldeas), donde se obtiene la producción primaria. Cuando la identidad política incluye los criterios lingüísticos y religiosos, surgen los estados nacionales. Y así sucesivamente: cada ampliación de la esfera conceptual y operativa de lo político conlleva o puede conllevar una ampliación de su realización espacial.

En esta ampliación por incorporación de funciones cada vez más complejas, la dimensión de las funciones más sencillas sigue siendo mínima, como al principio. Esto, por un lado, implica una despolitización progresiva de funciones que habían sido importantes y quedan a cargo de organismos (familiares, sociales, de categoría) que ya no son propiamente «políticos», por su carácter sectorial o segmentario. Por otro lado, esto implica una estructura de cajas chinas en la que el recipiente mayor y políticamente unificador contiene agregados intermedios y menores, que desde el punto de vista estructural reproducen las dimensiones de las distintas funciones políticas, y desde el punto de vista histórico reproducen las etapas que llevan a la unificación superior. Así pues, la aldea, organismo político «total» en la época neolítica, sobrevive cuando es incluida en organismos comarcales, regionales e imperiales, conservando sus competencias, que al principio eran las únicas imaginables y las de mayor importancia, y luego se vuelven secundarias, despolitizadas, locales. Lo mismo se puede decir de la ciudad, que después de la fase en que es el centro máximo de agregación política, también se convierte en un organismo local de un estado más amplio, manteniendo en su interior las competencias de decisión y gestión que le corresponden. Y lo mismo se puede decir de la región, delimitada con criterios geográficos o de homogeneidad etnolingüística y cultural, que se convierte en provincia o satrapía de los imperios universales, sin que su dimensión o sus competencias puedan ser eliminadas o reabsorbidas.

Al hacerse más complejos los organismos y los fenómenos histórico-políticos, aumenta la dimensión de su base material. Hay, sobre todo, dos indicadores de dimensión: la población y la producción. Todavía no se han podido sistematizar de una forma lo bastante amplia (en el tiempo y en el espacio) los datos al respecto, pero se tiene la clara impresión de que la población y la producción global, a largo plazo, tienden a aumentar, pero con importantes oscilaciones (cuyos picos y depresiones pueden ser acusados), que condicionan este aumento. Obviamente, las oscilaciones de corta duración se deben a factores ocasionales, y los saltos en el crecimiento se deben a reestructuraciones del modo de producción, que aumentan la productividad y, por consiguiente, la esperanza de vida. Ahora bien, tras el salto relacionado con la «revolución urbana», que multiplica (se podría decir que decuplica) los nive-

les cuantitativos neolíticos, todo el periodo abarcado por este volumen es globalmente estático, pues la sucesión de crisis y crecimientos no altera sustancialmente (o estructuralmente) los niveles cuantitativos —señal de que todo el periodo 3500-500 se basa en un solo modo de producción fundamental. En cambio, en el transcurso de unos pocos siglos (a grandes rasgos, el tercer cuarto del I milenio a.C.), se produce otro salto cuantitativo, no sólo en el interior de Oriente Próximo, sino en todo el mundo más amplio del que forma parte a esas alturas. Una vez más, resulta difícil cuantificar este salto, pero se puede decir que la población y la producción se multiplicaron, como mínimo, por tres. A diferencia de anteriores crecimientos, más limitados en el espacio y en el tiempo, sienta las bases para una nueva dimensión cuantitativa que será válida durante toda la época clásica, tardoantigua y medieval. Por lo tanto, la elección del año 500 para terminar este libro también está justificada desde este punto de vista, ya que marca un hito histórico fundamental, de una ampliación estructural.

Al ampliarse la dimensión geopolítica y la escala cuantitativa de los fenómenos en Oriente Próximo antiguo, las fronteras se vieron desplazadas. Se podría decir, con una buena dosis de simplificación, que durante tres milenios Oriente Próximo fue una isla de urbanización y de densidad humana y productiva, rodeada de una periferia poco poblada y atrasada. Cuando la dimensión de los fenómenos se agranda y la densidad de la ocupación humana se extiende a las regiones limítrofes, las fronteras de Oriente Próximo, más que desplazarse, lo que hacen es cambiar de naturaleza. Pasan de ser fronteras entre un «lleno» y un «vacío», entre un mundo organizado y una periferia atrasada, entre una ocupación humana y una reserva de recursos, para convertirse en fronteras entre varios «llenos» distintos, entre mundos distintos organizados al mismo nivel, aunque de distinta forma. Desde el punto de vista europeo (o eurocéntrico, como se suele decir), la imagen más nítida del Oriente Próximo de la época preclásica es la del centro de difusión de innovaciones tecnológicas y organizativas, que secundariamente llegan a la periferia europea, estimulándola y contribuyendo a su desarrollo. Después del 500 la imagen cambia y se convierte en la de una oposición entre Oriente y Occidente, ya que mientras tanto Occidente ha crecido, ha desarrollado su propia imagen y su propia posición central, que chocan con la imagen y la posición central de Oriente. Ciertamente, más allá de la frontera oriental del Mediterráneo que separa a Oriente Próximo de Europa existen otras, que cobran importancia más o menos en el mismo espacio de tiempo: la frontera entre el mundo iraní y el chino, que atraviesa las grandes extensiones de Asia central, la frontera entre Oriente Próximo y la India, las fronteras meridionales del mundo clásico, y luego las del cristianismo, y por último la del islam en África. Pero estas fronteras nos afectan menos, mientras que la frontera entre Oriente y Occidente, para la tradición cultural europea, tiene un valor de discriminación cargado de significado.

Sin duda, la imagen *ex Oriente lux*, como la imagen «Oriente versus Occidente», se basan en eurocentrismos y simplificaciones equívocas, en auténticas falsificaciones de datos. Lo mismo se puede decir de la llamada línea maestra de la historia universal, que implica un desplazamiento progresivo del centro de la civilización en dirección este-oeste: de Oriente Próximo a Grecia, de Grecia a Roma, de Roma a Europa occidental. Ninguno de estos estereotipos pseudohistoriográficos soporta un análisis equilibrado y exhaustivo. Tan subjetivas como el concepto de frontera, que

implica la existencia de un dentro y un fuera, un nosotros y un ellos, son las imágenes historiográficas relacionadas con él. Para estas simplificaciones eurocéntricas, las citadas imágenes mantienen su valor de autoanálisis (una vez que han salido a la superficie del conocimiento). Según una visión objetiva y banalizada, los herederos directos de las civilizaciones antiguo-orientales son el mundo helenístico, luego el Oriente cristiano y los imperios iraníes, y por último el islam. Pero según una visión eurocéntrica, es significativo que este libro termine cuando Oriente Próximo pasa el testigo del protagonismo histórico y la vanguardia de la civilización a Grecia y al Mediterráneo.

2. LA NUEVA DIMENSIÓN HUMANA

El punto final de nuestra exposición no está determinado sólo por la ampliación de la dimensión geográfica y cuantitativa de los fenómenos históricos, sino también por una súbita profundización intelectual y religiosa. El siglo VI (o mejor dicho, los dos siglos comprendidos entre 650 y 450) son el núcleo de la llamada edad «axial» de la historia mundial. En esta edad aparecen importantes reformadores e innovadores: Confucio en China (550-480), Buda en la India (560-480), Zoroastro en Irán (siglo VI, con los problemas que hemos visto), en Grecia los filósofos y científicos jónicos (siglo VI) que despejan el camino a la filosofía, la tragedia y la historiografía clásicas del siglo V, y en Israel los grandes profetas «éticos» (Deutero-Isaías, Jeremías) relacionados con el exilio babilonio (587-539) y precedidos por la sistematización del yahvismo por parte del Deuteronomista (época de Josías: 640-609). Los protagonistas y las tendencias de la edad axial son muy distintos, de acuerdo con las distintas tradiciones y tendencias de las respectivas culturas, y también varían las direcciones innovadoras trazadas por ellos, que van del racionalismo a la ética. Pero la edad axial es mucho más que una coincidencia o una curiosidad: nace de situaciones comunes, profundiza en el papel del hombre en el mundo, y supone un hito importante en relación con las tradiciones y los modelos de vida anteriores.

No es casualidad que la edad axial coincida con la consolidación de las formaciones imperiales «universales» (del imperio asirio al persa en Oriente Próximo, pero se producen situaciones análogas en la India y China) que representan la culminación y el resultado final del proceso de crecimiento organizativo de los milenios anteriores, cuyas premisas están ya agotadas. Y no es casualidad que surja como contraste y superación de los principios básicos de los imperios, y se desarrolle al margen o en contra de ellos. Las grandes culturas tradicionales y sus sedes privilegiadas son ajenas a ella, si acaso son sus antagonistas. Babilonia o Egipto no producen figuras «axiales», pues están enfrascados en la reelaboración formalista y arcaizante de su patrimonio cultural que desemboca en el esoterismo de la astrología caldea o el hermetismo egipcio. Los centros propulsores de las nuevas tendencias tienen una posición marginal o alternativa: son las *poleis* griegas situadas en el margen del imperio persa, los grupos de desterrados en los imperios mesopotámicos, nuevas comunidades de las montañas de Irán, ámbitos políticos y religiosos alternativos a la gestión tradicional del poder en China y la India.

En un terreno propiamente religioso, los fermentos de la edad axial dan origen a nuevas ideologías que reemplazan al politeísmo, nacido con la revolución urbana.

Bajo las formas del monoteísmo judío (y más tarde cristiano e islámico, derivados del anterior) o el dualismo iraní (primero mazdeísta y luego maniqueo), representan un nuevo modelo divino, más que una «reducción» del mismo. El aumento de la dimensión política y las conquistas imperiales no habían reducido el número de dioses (de los vencidos), si acaso lo habían multiplicado con procesos de acumulación y sincretismo. El monoteísmo, y el dualismo como aspecto particular suyo, no unifica las distintas personalidades divinas, sino que las anula, renuncia a sus caracterizaciones para centrarse en una caracterización general del ser divino, que sólo puede ser de carácter ético. Hasta entonces el poder político y la religión habían estado estrechamente unidos, pues los reyes se consideraban los únicos mediadores autorizados entre los individuos normales y la esfera divina. Pero después se prescinde de esta mediación, se buscan canales de comunicación directa entre el hombre y la esfera divina. Las grandes religiones orientales que nacen en la edad axial son religiones «morales», de dimensión individualista, mientras que las religiones anteriores eran «ceremoniales» y estaban dirigidas a mantener la estructura sociopolítica oficial.

El otro gran fruto de la edad axial es el racionalismo y el laicismo en el terreno del conocimiento, con la aparición de una ciencia y una filosofía que evolucionan por sus propios medios, con procedimientos autosuficientes, sin estar vinculadas por un lado a la operatividad absoluta, y por otro a la interpretación cosmológica, que tanto habían condicionado cualquier actividad intelectual en las civilizaciones tradicionales. El «pensamiento mítico» —y en general las explicaciones o representaciones míticas de la realidad— es sustituido por el «pensamiento racional», y la sabiduría catalogadora (por acumulación sin fin) es reemplazada por un deseo de comprensión estructural de los mecanismos de funcionamiento del mundo, en sus componentes físico y psíquico. Al tiempo que se desarrollan la filosofía y la ciencia, lo hacen la historia, la etnografía y la teoría política, unas disciplinas que tienen precedentes en el antiguo Oriente (preaxial, por así decirlo), pero no formulaciones orgánicas y conscientes.

La ética en la religión y el racionalismo en el conocimiento se pueden subsumir o remitir al individualismo, al desarrollo de la personalidad, a la relación directa entre el individuo y su problema, sin la mediación de las estructuras familiares, sociales, comunitarias o políticas. Se puede ver tanto en las expresiones excepcionales como en la normalidad generalizada, en la punta emergente del iceberg como en su gran masa sumergida. El estilo —digamos que escultórico— tiende a la originalidad y a la creatividad formal, mientras la identificación fisonómica ocupa el lugar de la estereotípica, categorial. La originalidad se convierte en el ideal del narrador o el poeta (antes era la reproducción de los modelos tradicionales), mientras que el contenido de sus obras tiende a lo específico, y no a lo prototípico. Antes de la edad axial, las únicas «personalidades» conocidas suelen ser las de los reyes, y ello en la medida en que tratan de introducirse en una categoría sobrehumana, propia de los dioses y los héroes fundadores, con su contribución a la organización del mundo y su correcta gestión y salvaguardia contra las fuerzas del caos. Las escasas personalidades o «firmas» de autor que conocemos son precursoras de lo que encontramos más tarde en la edad axial, y sólo aparecen en un contexto prototípico o fundador.

Razonando en términos de «larga duración» y «dimensión amplia» (si se admite esta transferencia espacial del esquema temporal braudeliano), la edad axial es un salto cualitativo adecuado para señalar el hito final del periodo abordado en esta

obra (3500-500), y para inaugurar otra fase de similar envergadura (digamos que 500 a.C.-1500 d.C.). Pero hay que comprender en qué términos se plantea este hito, o salto cualitativo, en relación con el periodo anterior. Hay elementos preparatorios, de continuidad, y elementos de ruptura e innovación. Las «revoluciones» de la edad axial se oponen a las culturas tradicionales y a las formaciones imperiales (salvo en el caso de ser integradas por imperios posteriores), pero también son la meta final de unas tendencias de fondo que se habían abierto camino, de forma lenta pero segura, durante los tres milenios anteriores.

En este volumen hemos tratado de seguir una línea coherente de desarrollo, con repercusiones cruzadas entre el plano material (posesión y gestión de los medios de producción) y el ético-social. La responsabilidad individual va en aumento gracias a la revolución urbana y sus transformaciones sucesivas, a partir de la inserción anónima en el grupo gentilicio y familiar que detenta los medios de producción, los gestiona con arreglo a unas normas consuetudinarias rígidas y sólo hace distinciones por sexo y edad. Al principio, esta responsabilidad, limitada a los varones adultos, empieza a manifestarse en las clases especializadas. Pero, poco a poco, la idea de que el destino del hombre está determinado por su posición familiar y social en el momento de su nacimiento va perdiendo terreno, y se abre camino la convicción de que dicho destino depende de su comportamiento y sus dotes. La evolución de los sistemas de transmisión hereditaria refleja de un modo significativo la evolución de los criterios de responsabilidad jurídica (de la responsabilidad colectiva a la familiar, y luego a la personal), así como de la movilidad socioeconómica en sentido horizontal y vertical, y del paso de una religiosidad y un culto estatal a otros más intimistas y personalizados.

Mientras la personalidad, durante toda la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro, va destacándose del grupo, de forma lenta pero segura, con la aparición de diferencias funcionales, socioeconómicas, étnicas, culturales y religiosas, se tiene la impresión de que los valores del individualismo, la racionalidad, la ética y la introspección se pueden imponer de forma no traumática. Pero el proceso sufre una brusca involución en la tercera Edad del Hierro, relacionada con fenómenos de centralización imperial, que acaban con los movimientos políticos y culturales más dinámicos, imponen una «esclavitud generalizada», restablecen unos arcaísmos amañados y sólo dejan salida en el campo de la magia (de pronóstico y de exorcismo), la sabiduría acumulativa y la teosofía paralizadora (astrológica o de otro tipo).

Esta brusca involución, dirigida por los palacios imperiales, provoca el empuje «revolucionario» de los grandes profetas, reformadores religiosos, científicos y filósofos de la edad axial. Todos ellos, aunque se oponen a la tradición esclerotizada y sin salida de los grandes centros de cultura tradicional, se remiten a las experiencias anteriores (no podría ser de otra forma), y les hacen dar el «salto» que la propia involución pone en evidencia. Por eso no es descabellado ni inútil buscar en los milenios antiguo-orientales los antecedentes del pensamiento religioso, científico y filosófico que provoca el vuelco de la edad axial.

3. LA HERENCIA ESTÁTICA: LAS «FORMAS SIMPLES»

Si la historia de las antiguas civilizaciones de Oriente Próximo se interrumpe (o cambia radicalmente de naturaleza) con la aparición de ciertas contradicciones e innovaciones éticas, religiosas e intelectuales que, para nosotros, forman parte del bagaje normal de los individuos y la sociedad, ¿qué permanece en ellas que, también para nosotros, pueda ser un vehículo privilegiado de significados y valores? Baste pensar en la manera en que nuestro mundo europeo ha descubierto y reconstruido la historia del antiguo Oriente, para darnos cuenta de un hecho esencial. Mientras la historia antigua «clásica» (grecorromana) siempre había formado parte del bagaje cultural, aun a través de las distintas formas en que fue evocada, la historia antigua preclásica fue perfilándose de forma paralela a la investigación antropológica sobre las civilizaciones «primitivas» todavía existentes. Dicho sea de paso, resulta asombroso pensar que esta recuperación se efectúa en la última época en que es posible hacerlo. La civilización industrial y la economía-mundo, poco después de «descubrir» y «estudiar» las otras culturas que todavía estaban presentes en el territorio mundial, las transformaron irreversiblemente y las eliminaron como tales. Lo mismo se puede decir de la recuperación del patrimonio arqueológico e histórico más antiguo, que apenas se adelanta a la destrucción salvaje como consecuencia de formas de explotación territorial y asentamiento que inciden irremediabilmente en los niveles antrópicos. Así pues, el conocimiento va casi inmediatamente seguido de la destrucción, un esquema válido tanto para los imperialismos antiguos como para los modernos, para los militares o económicos como para los intelectuales.

Nos hallamos en una fase de unificación mundial, cuando más intensa es la interacción con otras culturas. La relación que trata de establecer la nuestra con las del pasado es de comparación, sus polos son los conceptos de «distinto» e «igual» y sus ejercicios extremos la demostración de que las cosas han sido siempre iguales a como lo son ahora o, por el contrario, de cuánto han cambiado, y hasta qué punto debemos considerarnos únicos.

Así presentadas, estas aplicaciones extremas son, sin duda, ingenuas e inaceptables, pero formuladas de manera más elaborada y profunda, son la esencia de los enfoques estructural e historicista, de los que es difícil prescindir, seamos o no partidarios de uno u otro. Por muchos intentos que se hagan de unificar, siempre se hallarán variantes, y por muchas «leyes» que nos inventemos, nos damos cuenta de que la historia consiste sobre todo en un desviarse, y no en un atenerse a ellas. Pero, por otro lado, cuanto más nos esforzamos por subrayar la especificidad histórica de costumbres, hechos, siglos o regiones, más nos damos cuenta de que las categorías institucionales, fenomenológicas básicas, son constantes —de lo contrario ni siquiera se podría hablar de ellas con nuestro lenguaje y aparato conceptual.

Puestos a descubrir esas «formas simples» que constituyen una suerte de gramática elemental de la historia, hay que reconocer que el antiguo Oriente presenta un muestrario bastante rico y completo de ellas, con la ventaja única de que nos muestra estas formas simples en el proceso de su formación, y más tarde en su despliegue todavía bastante libre de complicaciones. Como se ha dicho al principio, Oriente Próximo es como un «laboratorio» histórico privilegiado en el que ciertos fenómenos pueden ser estudiados en estado puro (por así decirlo), al no existir las interferencias que dificultan su reconocimiento y análisis en fases más avanzadas de la historia.

Las formas simples son más fáciles de descubrir en su estadio inicial y a nivel ingenuo, pero una vez descubiertas es fácil seguirles la pista como elementos de construcciones mucho más sofisticadas.

A lo largo de este volumen nos hemos encontrado con las distintas formas de agregación humana, en su fase de formación y luego en plena vigencia: la aldea y el grupo trashumante, la ciudad y la tribu, la etnia y la nación, la confederación y el imperio. En su interior hemos descubierto la formación de los centros de poder, el templo, el palacio, el almacén, la escuela de escribas, la fortaleza, el arsenal. Hemos asistido a la aparición de toda clase de formas de control y administración, desde la estratificación social dentro de una comunidad hasta el dominio político exterior y sus formas más radicales de la anexión y la destrucción. Hemos visto las formas de organización del trabajo, y de su retribución (de la ración al salario), y las formas de concentración de excedentes (del tributo a la tasa). También hemos visto los modos (o las «reglas») de hacer la guerra y la paz. Hemos visto toda una gama de formas de justificar el poder y la desigualdad: ideologías legalistas, apologías de los usurpadores, celebración de las victorias, punto de vista de los vencidos, disuasión punitiva, lisonjeo.

En el terreno de la comunicación, hemos visto cómo aparecen las «formas simples» de mensaje, con su difusión y registro: carta, informe administrativo, recibo, disposición de pago, lista, fichero, archivo, biblioteca, y en general desde el lenguaje visual, monumental o de objetos al escrito (más tarde alfabético), desde la traducción interlineal a la lengua franca, desde el contacto al trueque comercial.

En el terreno de la organización sociopolítica hemos visto cómo van apareciendo códigos, edictos, tribunales, exenciones, herencias, testamentos, adopciones y donaciones. Estas «formas simples» no habían existido siempre. En el «tronco» de historia que abarca este volumen se dieron por primera vez las condiciones necesarias para su elaboración e introducción en las costumbres. Y todas ellas permanecieron bastante estables, con las variaciones normales debidas a la evolución de las condiciones socioeconómicas. Todavía hoy se pueden reconocer en nuestras formas, en nuestras realizaciones más complejas (e históricamente más estratificadas).

Hoy día no hay estudio sobre los grandes temas de la ciudad, el estado, el imperialismo, la comunicación, la escritura, la estratificación social, la economía productiva o el comercio (ya sea histórico-comparativo o fenomenológico) en el que el antiguo Oriente no goce de una posición privilegiada. Además de producir su documentación específica, como cualquier otro «tronco» histórico, puede incluir *el origen* de la ciudad, el estado, el imperialismo, la escritura, la administración, etc. Y si el término «origen» parece demasiado mitológico, por lo menos se puede decir que en el Oriente Próximo antiguo aparecen por primera vez las formas básicas de organización de las comunidades humanas (salvo algunos casos, en que aparecen más tarde y en otras áreas).

4. LA HERENCIA DINÁMICA: DESARROLLO Y CATÁSTROFE

Junto a la adquisición estática, morfológica, de las formas simples, la historia de Oriente Próximo también plantea el problema de una interpretación general del desarrollo, con sus aportaciones dinámicas, evolutivas. Se pueden proponer, y de he-

cho se han propuesto, dos modelos de desarrollo. El primero es el del crecimiento exponencial, por acumulación sucesiva con un ritmo cada vez más acelerado. Este modelo es propio de las teorías historiográficas de finales del siglo pasado y principios de éste, es decir, justamente la época en que empezó la reconstrucción histórica del antiguo Oriente, una época dominada por la idea del «progreso». Esta idea se implantó en la cultura europea a consecuencia de la revolución industrial y el colonialismo, que provocaron un crecimiento económico y político ininterrumpido durante varios decenios, limitado al mundo occidental. Se creó así la ilusión de que el crecimiento podía ser indefinido, dibujando en un gráfico imaginario una curva cada vez más empinada. Esta visión optimista basada en la idea del progreso hizo que se prestara gran atención a las realizaciones técnicas y culturales del antiguo Oriente, como punto de partida (muy alejado en el tiempo) de ese crecimiento: una sucesión de invenciones, introducciones de nuevos elementos técnicos y culturales, modos de producción cada vez más eficaces, formaciones políticas cada vez más complejas y expresiones humanas cada vez más libres y elevadas.

Las crisis mundiales de la gran guerra, la recesión económica y las involuciones políticas, unidas a la extensión de esta visión al resto del mundo, así como las recientes crisis demográficas, productivas y energéticas, han introducido en la historiografía antigua los conceptos de catástrofe y «límites del desarrollo», con los consiguientes altibajos, resultado de la difícil interacción de varios factores con efectos regresivos. Ya no se considera que los factores negativos, de crisis, sean simples tropiezos en un crecimiento exponencial, y se les ve como rasgos estructurales del sistema (igual que los factores de crecimiento). La sobreexplotación del territorio, el agotamiento de los recursos, los ciclos económicos y las difíciles relaciones entre los centros y las periferias en una economía mundial integrada, modifican radicalmente la visión de conjunto. El interés histórico se había limitado, con evidente optimismo, a las realizaciones culturales más destacadas, los ambientes urbanizados, los centros imperiales, los avances tecnológicos y la creación de sistemas cada vez más rentables. Esta visión ha sido reemplazada (por lo menos en algunos ámbitos historiográficos) por un interés por las zonas más atrasadas, por las fases de estancamiento o retroceso, por todas las zonas sumergidas del gran iceberg de las culturas antiguas (por falta de documentación).

El modelo actual es compuesto. Tal vez mantenga su carácter exponencial a muy largo plazo, pero a medio plazo es cíclico. El Oriente Próximo antiguo comprende algunos de estos ciclos —en líneas generales, uno por cada parte de este volumen. Nuestro interés ya no se limita a las realizaciones positivas, ni considera que sólo el crecimiento tiene algo que decirnos, como antecedente lejano de nuestro propio crecimiento. Se estudian las distintas estrategias de desarrollo (de acuerdo con los distintos medios ecológicos e históricos), y sobre todo los distintos resultados, a veces «triunfantes» y a veces involutivos, condenados a la marginación y a la desaparición.

Este modelo ampliado ayuda, entre otras cosas, a entender que la «continuación» real de la historia del antiguo Oriente no fue la secuencia Grecia - Roma - Edad Media cristiana - Europa occidental moderna (de inspiración «exponencial», de progreso ininterrumpido). Fue la historia sucesiva del propio Oriente Próximo, con sus ciclos y altibajos en los terrenos sociopolítico y técnico-económico, con fenómenos a veces importantes de despoblación, desertización y destrucción del paisaje, esle-

rosis cultural, dependencia política exterior y estrategias de pura subsistencia en bolsas deprimidas, pero no secundarias en una valoración global del área en cuestión.

Este cambio de modelo historiográfico amplía los horizontes y facilita la interpretación. La vieja visión eurocéntrica se basaba en la división antiguo-medieval-moderno de un tronco único. La historia ha sobrepasado estos límites, tanto por abajo, con una mayor atención (también «histórica») por la prehistoria y la protohistoria, como por arriba, con la introducción del concepto y la práctica de la historia contemporánea (antaño impensable), así como de la simulación histórica proyectada en el futuro. También ha reventado por los lados, hacia otras culturas, tanto de «nivel etnológico» (como se suele decir de forma humillante), como de gran interés histórico, aunque no se les hubiera prestado la debida atención. Tampoco hay que olvidar la ampliación «sociológica» hacia la historia de las clases subalternas, de todos aquellos ambientes que no tienen nada de heroico, de todos los fenómenos de la vida diaria.

Aunque este modelo ampliado es más eficaz y puede funcionar, hay que entender la dinámica del desarrollo y la recesión, y en general la de la evolución cultural, en su acepción más amplia. Para ello hay que disponer de una documentación equilibrada en suficiente cantidad —no es este el caso del antiguo Oriente, ni en el estado actual de las investigaciones, ni probablemente nunca. En este sentido, la apreciación positiva que se tenía del antiguo Oriente a propósito de las «formas simples» cambia de signo. El «laboratorio» parecía bien equipado para el estudio de estas formas y presentaba grandes ventajas por su propia sencillez, por la proximidad al momento en que se introdujeron por primera vez los elementos estudiados, porque los fenómenos son ajenos a los nuestros (lo que permite tomar una actitud de distanciamiento), pero al mismo tiempo similares a ellos. En cambio, para el estudio de la dinámica del desarrollo, el antiguo Oriente apenas puede proponer algo que se pueda extrapolar y tiene que depender de modelos creados para otras áreas, donde la documentación se puede utilizar estadísticamente. Si tenemos estos modelos, en el caso del antiguo Oriente nos limitaremos a una labor de interpolación que dé un sentido a los fragmentos documentales conocidos.

En cualquier caso, la historia del antiguo Oriente puede hacer una gran aportación a la historia general, contribuyendo a la ampliación de horizontes, de términos cronológicos y espaciales, de tipologías de fenómenos. Esta ampliación ya forma parte de «nuestra» cultura, la primera en hacer formulaciones no autocéntricas, la primera en no ver a los demás como espejos, sino como sujetos autónomos. Desde las primeras historias del antiguo Oriente, de carácter eurocéntrico y finalista (que todavía persiste en los libros de texto de la enseñanza secundaria), se ha recorrido un largo camino hacia la normalización y la banalización —y aún queda mucho por recorrer.